

¿Qué viene después de la depresión?

Ocho tesis sobre la crisis de la subjetividad
neoliberal y sus implicancias políticas

Arthur Bueno

Universidad de Frankfurt, Alemania

oliveira@normativeorders.net

¿Qué viene después de la depresión?

Ocho tesis sobre la crisis de la subjetividad
neoliberal y sus implicancias políticas

Arthur Bueno

RESUMEN

Mediante ocho tesis, este artículo plantea la idea de que muchos de los procesos políticos recientes pueden ser considerados como la expresión de una crisis no sólo del orden social institucionalizado en las últimas décadas, sino también de su correspondiente forma de subjetividad: la de un “empresario del yo” neoliberal cuyas experiencias de malestar psicológico llegaron a concebirse predominantemente en términos de depresión. A este respecto, sugiero que hablemos de una “constelación post-depresiva”, es decir, una situación en la que las tensiones psicológicas sociales del orden depresivo han alcanzado su punto máximo, lo que ha dado lugar a una variedad de reacciones y luchas, pero que todavía no ha dado lugar al establecimiento de un nuevo consenso y un marco institucional estable. Dos tipos de proceso político, en particular, pueden entenderse como momentos de tal constelación: la efervescencia colectiva y una forma novedosa de autoritarismo de derecha.

PALABRAS CLAVE

Crisis, subjetividad, neoliberalismo, depresión, autoritarismo

What comes after depression?

Eight theses on the crisis of neoliberal subjectivity and its political implications

Arthur Bueno

ABSTRACT

In eight theses, this article advances the idea that many of the recent political processes can be seen to express a crisis not only of the social order institutionalised in the past decades but also of its corresponding form of subjectivity: namely, that of a neoliberal ‘entrepreneur of the self’ whose experiences of psychological malaise came to be predominantly conceived of in terms of depression. It is in this sense that one may speak of a ‘post-depressive constellation’: a situation in which the social psychological tensions of the depressive order have reached a peak, leading to a variety of reactions and struggles but not yet to the establishment of a new consensus and a stable institutional framework. Two kinds of political process, in particular, can be understood as moments of such a constellation: collective effervescence and a novel form of right-wing authoritarianism.

KEYWORDS

Crisis, subjectivity, neoliberalism, depression, authoritarianism

TESIS I: LA CRISIS ACTUAL ES TAMBIÉN LA CRISIS DE UN MODO DE SUBJETIVACIÓN

“La estructura de la crisis resulta ser, si se la considera más detenidamente, una mera intensificación [...] de la vida cotidiana”: así la definió Georg Lukács (1975 [1923]: 109) en su *Historia y conciencia de clase*. Durante una crisis, las leyes que rigen el curso normal de las cosas se desplazan repentinamente, se rompe su naturalidad, y lo que parecía eterno finalmente se revela como contingente. La estructura de la vida previa aparece entonces bajo una nueva luz, intensificada por las incertidumbres y los nuevos peligros. De esta forma se abre también la posibilidad de que las dinámicas hasta ahora habituales en la vida social sean repensadas, disputadas, transformadas. Evidentemente, este proceso tiene una dimensión social objetiva: las contradicciones de los mercados quedan al descubierto, los modos de representación política son cuestionados, la legitimidad de las instituciones se debilita. Pero la sacudida que acompaña la crisis es también (y esta es otra implicancia de la frase de Lukács) una sacudida de la conciencia, una *experiencia*. Toda crisis social es también una crisis de la subjetividad, de modo que a estas turbulencias objetivas corresponden turbulencias en los modos de vida y en aquello que parece más íntimo en nosotros. Y en el momento actual no es diferente. La crisis financiera de 2008 y la ola de protestas que se produjo en los años siguientes en diversas partes del mundo ya señalaron que las instituciones vigentes no podían seguir su camino anterior sin que (por decirlo como otro marxista occidental) se hiciera sentir un conjunto de “síntomas mórbidos” (Gramsci 1977 [1929-32]: 311). Fenómenos más

recientes, como el crecimiento del autoritarismo a escala mundial y las implicancias todavía impredecibles de la pandemia, no pueden sino reforzar esta percepción. Es evidente que tales procesos no nos afectan simplemente como acontecimientos externos: no sólo ponen en jaque nuestro mundo objetivo, sino que son en sí mismos expresiones de un agotamiento de las formas de sentir, pensar y actuar que han estado vigentes hasta ahora. La crisis actual es así también la crisis de la subjetividad neoliberal instituida en los últimos decenios: una subjetividad marcada por experiencias temporales particulares y cuyos sufrimientos se han manifestado cada vez más a lo largo de los años como síntomas de depresión. Si no se tiene en cuenta la estructura de este sujeto y sus transformaciones en el momento de su crisis, no se pueden comprender adecuadamente ni las amenazas ni las potencialidades del presente.

TESIS II: LA SUBJETIVIDAD NEOLIBERAL SE MUEVE ENTRE DOS FIGURAS: EL EMPRESARIO DEL YO Y EL INDIVIDUO DEPRESIVO

El cambio al siglo XXI se dio, en gran medida, bajo el signo de la depresión. El “demonio del mediodía”, como lo denominó Andrew Solomon en su *bestseller* de 2001, parecía no sólo afligir a sectores cada vez más amplios de la población, sino también simbolizar algunos de los problemas más acuciantes de la vida contemporánea. Más que simplemente señalar la propagación de una enfermedad individual, el rápido aumento de las tasas de depresión se consideró como un indicador de las principales transformaciones sociales que se produjeron después de la Segunda Guerra Mundial y especialmente desde la década de 1960. El sufrimiento psicológico parecía, entonces, ya no mostrarse predominantemente en los clásicos síntomas neuróticos de la época de Freud, sino más bien en sentimientos de agotamiento, vacío e incapacidad para actuar

(Ehrenberg 2000 [1998]). Mientras que la neurosis freudiana consistía en una enfermedad de la *culpa* en la que el sujeto se sentía dividido entre lo permitido y lo prohibido, la autoridad de la ley y la fuerza de los impulsos reprimidos, la depresión puede describirse como una patología de la *insuficiencia* en la que aparentemente todo está permitido y, sin embargo, el individuo se siente incapaz de hacer frente a toda la gama de posibilidades disponibles. “Si, como pensaba Freud, ‘el hombre se vuelve neurótico porque no puede resistir el grado de renunciamiento por la sociedad’, termina deprimiéndose porque debe soportar la ilusión de que todo le es posible” (ibid.: 273). Dividido entre lo posible y lo imposible, lo infinitamente disponible y lo que realmente se puede lograr, el individuo deprimido es una persona “atascada”: “Fatigados y vacíos, agitados y violentos, en suma, nerviosos, medimos en nuestros cuerpos el peso de la soberanía individual” (ibid.: 17).

Este desplazamiento desde la neurosis a la depresión en los diagnósticos clínicos fue considerado por muchos como el signo de un nuevo orden social: uno en el que los individuos se enfrentaban a exigencias cada vez más fuertes de responsabilidad propia y autorrealización auténtica (el requisito de “ser uno mismo” o, como sugiere un popular libro de autoayuda, de ser su *Best Self: Be You, Only Better*) en un contexto marcado por la disminución de la asistencia social y el aumento de la desigualdad, de la competencia y la precariedad (Boltanski y Chiapello 1998; Sennett 1998). Como resultado de una “afinidad electiva” entre el desarrollo de un régimen de acumulación postfordista-financiarizado y la difusión de ideales románticos y estéticos de autenticidad personal, se vio surgir un “nuevo individualismo” en el que la obediencia disciplinaria ha dado paso a la iniciativa empresarial (Bröckling 2007; Dardot y Laval 2013 [2010]). En lugar de estar guiado (y limitado) por normas de racionalidad universales y relativamente fijas, este nuevo sujeto estaría impulsado por la posibilidad (y la exigencia) de sostener continuamente una vida singular y auténtica, es decir: una vida autodescubierta y creada experimentalmente,

emocionalmente comunicativa y flexiblemente adaptada a las condiciones cambiantes del mercado (Honneth 2004 [2002]; Reckwitz 2017).

Si el modelo subjetivo de tal sociedad está representado por un “empresario del yo” neoliberal que busca la autenticidad y el éxito, el tipo que se le opone y complementa no es otro que el sujeto depresivo:

Cuando la empresa se convierte en una forma de vida – una *Lebensführung*, hubiera dicho Max Weber –, la multiplicidad de las elecciones frente a lo cotidiano, el estímulo a asumir riesgos constantemente, la incitación permanente a la capitalización personal, pueden acarrear a la larga una ‘fatiga de ser uno mismo’ (Dardot y Laval 2013 [2010]: 372).

El individuo depresivo marca el punto en el que la exigencia de ser un empresario del yo se vuelve subjetivamente problemática: cuando la perspectiva de una auténtica autorrealización se convierte en vacío y agotamiento, cuando la búsqueda de la autodeterminación termina en sentimientos de alienación (Rosa 2016; Jaeggi 2016). Oscilando entre el empresario del yo y su contrapunto depresivo, la experiencia social toma entonces la forma de una “paralización frenética”: la percepción de que hay que seguir avanzando y esforzándose (a ritmos cada vez más rápidos, preferiblemente más rápidos que los de los demás) sin realmente sentir que se está yendo a alguna parte (Rosa 2005, 2011; véase también, Bueno 2019, 2020a).

TESIS III: LA SUBJETIVIDAD EMPRESARIAL-DEPRESIVA PONE LOS PROBLEMAS DE LA AUTONOMÍA Y LA AUTENTI- CIDAD EN NUEVOS TÉRMINOS

Más que un simple diagnóstico clínico, la depresión se ha convertido en un término genérico para designar diversos tipos de fracaso subjetivo relativo

a las expectativas normativas institucionalizadas en las últimas décadas del siglo XX. Como resultado del desplazamiento del énfasis en la disciplina y el cumplimiento de las normas al énfasis en la iniciativa individual y la identidad autodescubierta, dos problemas centrales de la modernidad —las amenazas interrelacionadas de la falta de autonomía y la falta de autenticidad— han adoptado formas específicas. En lugar de demostrarse a sí mismos como seres autónomos mediante la afirmación de las capacidades que poseen como miembros *generales* de la especie humana, los individuos intentan ahora hacerlo, cada vez más, mediante el uso de fuerzas creativas que los hacen parecer *únicos* con respecto a los demás (Reckwitz 2017). Es en este sentido que la depresión representa, como subrayó Alain Ehrenberg (2003: 35), una “enfermedad de la autonomía”. Ahora, en virtud del mismo proceso, la depresión también puede ser interpretada como una “enfermedad de la autenticidad”. Mientras que los sujetos antes buscaban la autorrealización apelando a una *personalidad primordial* (concebida como íntima, incluso insondable, y como tal mantenida en gran medida al margen del escrutinio público), ahora lo hacen, con mayor frecuencia, mediante la movilización de capacidades afectivas personales que se consideran *a la vez abiertas a la transformación y permeables a la evaluación externa*: se “inventan” tanto como se “descubren” (Honneth 2004 [2002]).

La individualidad empresarial-depresiva es, por tanto, más permeable que la del sujeto neurótico estudiado por Freud. El progresivo cuestionamiento de la oposición entre lo prohibido y lo permitido, con toda la represión pulsional que esta implicaba, condujo a la formación de una subjetividad para la cual las distinciones entre lo público y lo privado, lo impersonal y lo personal, lo general y lo singular, también resultaron cada vez más porosas. No sin alguna razón, este desarrollo se percibió en gran medida como una emancipación: en principio, este permite una expresión menos cohibida y la transformación experimental de la singularidad individual, así como una racionalidad menos fría en el trato con los demás. Y, sin embargo, el debilitamiento de los límites del yo requiere que el individuo

se convierta en un empresario de tiempo completo. La oposición entre lo prohibido y lo permitido significaba no sólo una represión de sus impulsos más recónditos, sino también una barrera protectora, una reserva de espacio de intimidad. Sin ella, el sometimiento de este individuo a la economía de mercado, constituida ahora como modelo general de las relaciones sociales, se produce de manera inmediata. Las posibilidades de experimentación en principio ilimitadas que se abren a la autorrealización individual son posibilidades concebidas en términos mercantiles. En la medida en que el capitalismo ha incorporado en su propia dinámica las críticas románticas y estéticas de la modernidad, el conflicto *extrínseco* entre lo impersonal y lo personal, lo racional y lo afectivo, lo general y lo particular, se ha convertido en una tensión *intrínseca* en la que tales dimensiones se confunden; una tensión que, por ello mismo, con frecuencia pasa inadvertida. La promesa inherente de la subjetividad neoliberal es que el éxito individual en los mercados de todo tipo implica, de manera inmediata, la realización de un sujeto autodeterminado y conectado de manera significativa consigo mismo y con el mundo. La noción moderna según la cual la acumulación creciente de recursos conduciría a la buena vida (Rosa 2017) encuentra aquí su forma más plena: no hay en principio ningún impulso o valor personal que no pueda ser encontrado, convertido o apropiado en las relaciones de tipo mercantil. Los mercados se personalizan; la vida personal se mercantiliza. Sin embargo, la experiencia del individuo depresivo revela los límites y los costos psicosociales de mantener continuamente esta expectativa.

TESIS IV: LA CRISIS DE LA SUBJETIVIDAD NEOLIBERAL SE MANIFIESTA EN LA FORMA DE UNA ‘CONSTELACIÓN POST-DEPRESIVA’

Esta configuración social (que podríamos denominar metonímicamente *la sociedad depresiva*) está así permeada por tensiones crecientes. Sin

embargo, esta ha logrado mantener un grado considerable de estabilidad en las últimas décadas. Tanto es así que, a principios del siglo XXI, ese orden institucional parecía, por su propia lógica, dificultar la articulación de los síntomas depresivos y las formas asociadas de malestar psicológico en términos de reivindicaciones políticas explícitas y luchas organizadas (ver, por ejemplo, Honneth 2000, 2009 [2004]). Hoy, sin embargo, las presiones de este orden se han intensificado hasta un punto en el que su persistencia parece estar seriamente en peligro: no parece posible permanecer mucho más tiempo en un estado de “paralización frenética”. Desde la primavera árabe hasta *Occupy Wall Street*, desde junio de 2013 en Brasil hasta los “chalecos amarillos” en Francia, desde Brexit hasta las elecciones de Trump y Bolsonaro, muchos acontecimientos políticos de nuestro tiempo sugieren un agotamiento de la configuración social que se había estabilizado en los últimos decenios. También parecen indicar un agotamiento de las formas de subjetividad que habían llegado a prevalecer en este orden. A este respecto, sugiero que hablemos de una *constelación post-depresiva*: una situación en la que las tensiones psicológicas sociales del orden depresivo han alcanzado su punto máximo, lo que ha dado lugar a una variedad de reacciones y luchas, pero que todavía no ha llevado al establecimiento de un nuevo consenso y una estructura institucional estable. El prefijo “post” no designa aquí, por lo tanto, una superación de la sociedad depresiva y de sus formas de subjetividad predominantes, sino que indica la *persistencia y transformación de los conflictos de este orden en el contexto de su crisis*. Partiendo de la exacerbación de las tensiones vinculadas a la institucionalización de una subjetividad empresarial-depresiva y de las reacciones a ella, puede considerarse que ha surgido una constelación de formas variadas y a menudo opuestas de experiencia sociopsicológica, así como también una diversidad de horizontes políticos en conflicto.

TESIS V: LAS LUCHAS POLÍTICAS ACTUALES REACCIONAN A DOS ASPECTOS PROBLEMÁTICOS DE LA SOCIEDAD DEPRESIVA: SU FATALISMO NORMATIVO Y SU DESINTEGRACIÓN AFECTIVA

La pertinencia de esa interpretación puede basarse en el hecho de que las formas de lucha social y de acción política que han cobrado importancia en los últimos años se dejan interpretar significativamente como reacciones a dos características centrales del orden depresivo, dos fuentes interconectadas de la experiencia de “paralización frenética”. Ambas se refieren a las tensiones que, como hemos visto, son inherentes a la subjetividad neoliberal.

En lo relativo al problema de la *autonomía*, la expectativa institucionalizada en los últimos decenios es que el individuo debe ser capaz de autodeterminarse por medio de su iniciativa empresarial: al ofrecer un producto innovador en uno de los diversos mercados en los que se constituye la vida social, este estaría en condiciones de imprimir su propia marca en ellos y transformarlos a su imagen y semejanza. Sin embargo, el fracaso reiterado de esta expectativa (vinculado al funcionamiento desigual de estos mercados y a la situación a menudo precaria de estos empresarios que andan a su propia suerte) produce la sensación contraria. Es la base de un sentimiento creciente de que uno, como individuo, está sujeto a un conjunto de leyes dadas de antemano, con frecuencia poco comprensibles y difícilmente modificables. Esta dinámica se repite de diferentes maneras en varias esferas de la vida social, incluyendo la política. Es evidente que muchos de los recientes movimientos políticos se basan en el descontento generalizado con un orden social que se ha presentado en gran medida como inevitable. La máxima thatcheriana de “No hay otra alternativa” no sólo sirvió para legitimar políticas económicas neoliberales adoptadas en distinto grado por gobiernos de derecha e izquierda, sino que también presentó una expresión elocuente de la forma en la que los sujetos llegaron a relacionarse con las instituciones sociales en general, muchas de las cuales

fueron remodeladas a imagen y semejanza de las “leyes del mercado”. Una de sus consecuencias políticas fue una limitación considerable de la participación popular y un sentimiento generalizado de cierre del sistema político en relación con la sociedad, percepción que sólo podría agudizarse en un contexto de creciente desigualdad y de respuestas fallidas a las crisis económicas. No es de extrañar, por tanto, que varios movimientos de nuestra época manifiesten cierto resentimiento hacia las élites gobernantes y exijan mayor participación: de hecho, pueden considerarse una reacción al *fatalismo* de las formas de regulación social predominantes.

Pero los procesos políticos contemporáneos también pueden considerarse como reacciones a otra característica del orden depresivo. La subjetividad neoliberal no sólo se caracteriza por la expectativa de autodeterminación a través de la iniciativa individual. También es inherente a ella, como hemos visto, la idea de que hay un vínculo inextricable entre éxito mercantil y *autenticidad* subjetiva: es a través de la actividad mercantil que el individuo explora y transforma sus impulsos más íntimos, descubre e inventa su (mejor) yo. El logro de una relación significativa con uno mismo y con el mundo se demostraría entonces de manera directa a través de la competencia en mercados de todo tipo. El individuo, en la medida en que tiene éxito en la venta de sus productos y de sí mismo en mercados de diversa índole (no sólo económicos en sentido estricto, sino también en mercados de la atención, la influencia o el prestigio), terminaría demostrando su capacidad de establecer una continuidad afectiva entre sí mismo y los demás. La autenticidad es un logro mercantil. Y, sin embargo, esta perspectiva sólo puede mantenerse en la medida en que sus tensiones internas permanezcan ocultas: en particular, la tensión entre la promesa de una auténtica conexión con los demás y la estructuración de la vida social como una competencia de tipo mercantil entre individuos atomizados, donde cada uno de ellos se considera responsable de su propio éxito (una noción que, una vez más, fue sintetizada por uno de los lemas de Thatcher: “No existe eso de la

sociedad”). Sin embargo, la exigencia de que cada persona sea un individuo autosuficiente ha dado lugar a crecientes sentimientos de aislamiento y fragmentación social. El hecho de que el *homo oeconomicus* neoliberal incorporó aspectos del ideal romántico del auténtico autodescubrimiento no mitigó estos efectos negativos. Más bien, hizo crecer los desafíos y aumentó la sensación de frustración de quienes no pueden cumplir con las exigencias de alcanzar el éxito y de “ser uno mismo”. Ese sentimiento sólo podía agudizarse a medida que los beneficios sociales se fueron eliminando gradualmente y grandes segmentos de la población se encontraron en una situación de precariedad e incertidumbre. No es de extrañar, por tanto, que varios movimientos políticos de nuestro tiempo expresen el deseo de experiencias de comunión afectiva: ellos pueden considerarse como una reacción a las formas de *desintegración* social imperantes.

TESIS VI: EL AGOTAMIENTO DEPRESIVO HA LLEGADO A UN PUNTO DE AGOTAMIENTO

En ambos aspectos se puede considerar así que las luchas políticas del presente se construyen sobre las tensiones y los potenciales inherentes a la sociedad depresiva. Justamente por eso, sería engañoso concebir estos movimientos como simplemente externos a este orden institucional. En verdad, incluso en la edad de oro de la subjetividad neoliberal el incumplimiento de sus promesas pudo dar lugar, una y otra vez, precisamente a aquellas exigencias de comunión afectiva y autodeterminación normativa. Sin embargo, lo característico de nuestra situación actual es que la realización de estas promesas incumplidas ya no se busca predominantemente en el marco del orden social institucionalizado en las últimas décadas, sino que, más bien, se intenta ir *más allá* de él. El agotamiento depresivo ha llegado, por así decirlo, a un punto de agotamiento. Eso no significa que la situación post-depresiva se caracteriza por una única forma cohesiva de acción u organización

política. Lo que vincula sus muchas y a menudo contradictorias expresiones es más bien el hecho de que todas ellas pueden considerarse como respuestas a las tensiones crecientes de la sociedad depresiva. No se trata tanto de un nuevo orden social como de una nueva *constelación*, un conjunto de diferentes reacciones y posturas políticas. Dos de estas últimas han cobrado importancia en los últimos años: las experiencias de efervescencia colectiva y la ascensión de un nuevo autoritarismo de derecha. Ciertamente estas no son las únicas respuestas políticas que surgen en este momento. Ambas, sin embargo, son cruciales para comprender las luchas políticas en la actualidad.

TESIS VII: LAS EXPERIENCIAS RECIENTES DE EFERVESCENCIA COLECTIVA SON REACCIONES POLÍTICAS A LA CRISIS DE LA SUBJETIVIDAD NEOLIBERAL

Muchas protestas políticas de los años 2010 estuvieron marcadas en sus momentos decisivos por experiencias de inmersión afectiva en una colectividad vagamente estructurada, así como por la ausencia de objetivos claramente definidos. Estas dos características son cruciales para comprender por qué pueden considerarse como expresiones de una situación post-depresiva: fue debido a su vaguedad normativa y afectiva, y no a pesar de ella, que estas revueltas pudieron ser percibidas como poderosas impugnaciones al orden social predominante. La indeterminación política de estos movimientos, por la que tan a menudo se les criticaba, era también la base de su atracción: ella hizo posible el surgimiento de un sentimiento de unidad basado en la participación en una atmósfera afectiva compartida, una experiencia que podría aparecer como un contrapunto a la atomización competitiva del orden depresivo. Un momento decisivo de las manifestaciones de 2013 en Brasil se produjo cuando, el 17 de junio, una protesta motivada inicialmente por el alto costo del transporte público e impulsada por un grupo autonomista

(el Movimiento de Tarifas Libres, MPL) fue acompañada por millones de personas que, procedentes de múltiples orígenes sociales y políticos, protestaron por una diversidad igualmente amplia de objetivos políticos (Nobre 2013; Alonso y Mische 2016). Era como si, de un momento a otro, todo lo que separaba a estos múltiples actores hubiera dejado de importar. En palabras de uno de los manifestantes:

Ese día vi llegar a mucha gente con la bandera brasileña, algunos grupos organizados distribuyendo banderas brasileñas, anarquistas, *black blocs*, gente del PSOL, del Partido de los Trabajadores... Pensé: ‘Hay mucha gente aquí que se odia, y están todos juntos’. Durante la manifestación, sentí que esto era realmente hermoso. Cuando llegué a casa, vi que algunas personas estaban preocupadas, escribiendo en Facebook: ‘salgamos de las calles’, ‘la derecha está tratando de cooptar’, ‘estamos perdiendo el foco’. Pero en realidad, volví a casa con el corazón contento (Wainer 2014).

Estas afirmaciones captan bien la atmósfera general de ese día: un sentimiento de unidad muy vivo; la sensación de que las diferencias sociales y políticas ya no eran irreconciliables, sino que podían dar lugar a una especie de unidad afectiva establecida dentro y fuera de la diversidad (Moraes et al. 2014). Esto es crucial para entender el impulso de este movimiento, así como para comprender por qué podría sentirse como una reacción a las formas imperantes de fragmentación social. En contraste con la autosuficiencia del empresario del yo y el aislamiento del sujeto depresivo, la experiencia de encontrarse en las calles con una multitud de personas fue sentida por muchos como afectivamente liberadora o “catártica” (Bringel y Pleyers 2015: 8).

Ahora bien, es evidente que esta sensación (bastante indeterminada) de unidad afectiva surgió en relación con, y basada en, la premisa de la confrontación con un antagonista común (aunque también sólo vagamente definido): el sistema político, las instituciones vigentes, *tudo isso que está aí* (“todo lo que está

ahí”). La experiencia de efervescencia colectiva se hizo posible y también se intensificó por su conjunción con desafíos radicales, aunque momentáneos, a las normas establecidas y las correspondientes exigencias de una participación política más directa o sustancial (Mendonça 2018). Enfrentamientos con la policía, bloqueos de calles, ocupaciones de instituciones públicas: de un momento a otro, la vida ya no parecía estar limitada por un conjunto de leyes inmutables y fatales. Uno sentía más bien que la colectividad establecería a partir de entonces sus propias normas, que la población ejercería su poder constituyente. Como expresó uno de los manifestantes:

Alguien nos llamó y dijo: ‘Están invadiendo el Congreso Nacional’. Sentí una gran descarga de adrenalina, como si una Bastilla cayera ese día. Por eso fui al Palacio de los Bandeirantes [*sede del gobierno del estado de São Paulo*]. Pensé: ‘Si van a destituir al gobernador por la fuerza, quiero al menos ver eso’ (Wainer 2014).

En contraste con la adaptación del empresario del yo a las normas predeterminadas y el sentimiento de impotencia del sujeto depresivo, la experiencia de desafiar el orden establecido podría dar la sensación de que uno ha recuperado la capacidad de efectiva autodeterminación colectiva, la posibilidad de participar activamente en la construcción de instituciones sociales.

Tales momentos, sin embargo, han demostrado ser intrínsecamente inestables. Pronto surgió la percepción de que esta sensación de unidad afectiva estaba formada por elementos heterogéneos y difíciles de reconciliar; pronto los involucrados se dieron cuenta de que sus puntos de vista normativos pueden conducir a acuerdos políticos radicalmente diferentes. Un nuevo conjunto de tensiones surgió precisamente de la vaguedad normativa y de la indeterminación afectiva de estos movimientos. Ellos marcaron el comienzo de las luchas sobre el significado político y la articulación institucional de esta experiencia colectiva intensa y, sin embargo, bastante ambivalente.

TESIS VIII: EL NUEVO AUTORITARISMO DE DERECHA ES TAMBIÉN UNA REACCIÓN A LA CRISIS DE LA SUBJETIVIDAD EMPRESARIAL-DEPRESIVA

La experiencia de la efervescencia colectiva es sólo una entre varias otras respuestas políticas surgidas como reacción a los fracasos del orden depresivo para cumplir sus promesas. En muchas partes del mundo ha surgido una nueva ola de autoritarismo de derecha que puede entenderse, igualmente, partiendo de la crisis de la subjetividad neoliberal. Una vez más, la vida política brasileña se presenta como un caso particularmente fructífero (aunque ciertamente no el único) para entender la forma específica que adopta este nuevo autoritarismo. Al igual que la experiencia de la efervescencia colectiva surgida en los momentos decisivos de las Jornadas de Junio, las tendencias que culminaron en la elección de Jair Bolsonaro en 2018 pueden considerarse como una respuesta a las tensiones no resueltas del orden depresivo.

La creciente percepción de fragmentación social puede explicar por qué, al igual que ocurrió en las Jornadas de Junio, el auge de la nueva derecha se ha caracterizado por intensas expectativas de comunión afectiva. Las protestas de 2015 y 2016 contra el gobierno de Rousseff, que condujeron a su destitución, estuvieron de hecho marcadas por estados de entusiasmo colectivo que recuerdan a los de las manifestaciones de 2013. Sin embargo, también difirieron en aspectos importantes. Si bien reunían distintas posiciones del espectro político, las protestas contra Rousseff se dieron en un contexto de intensificación de la polarización ideológica y fueron más claramente manifestaciones de la derecha. No sólo contribuyeron así a crear una forma de acción unificada en ese campo, sino que también consolidaron a la extrema derecha como un actor político relevante: en medio de los millones de personas que se manifestaron contra la corrupción llevando los colores de la bandera nacional, se podían oír no sólo advertencias contra el supuesto “comunismo” del Partido de los Trabajadores y la amenaza que

representaba la “ideología de género” para la preservación de los valores familiares tradicionales, sino también aclamaciones de la dictadura militar (1964-1985) e, incluso, peticiones de una novedosa “intervención militar”.

En cierto sentido, entonces, la experiencia de estar inmerso en una multitud heterogénea dio paso aquí a concepciones más uniformes y excluyentes de unidad (nacional). En vez de constituir la expresión política de un “común” múltiple e indeterminado (como fue el caso, al menos momentáneamente, en las Jornadas de Junio), estas protestas expresaron en gran medida la defensa moral de una comunidad socialmente homogénea. Esta visión desempeñaría más tarde un papel crucial en la elección de Jair Bolsonaro en 2018, cuyo lema principal *Brasil acima de tudo, Deus acima de todos* [*Brasil por encima de todo, Dios por encima de todos*] no sólo evocaba el *Make America Great Again* de Trump, sino que también aludía de forma literal, aunque no admitida, al *Deutschland über alles* de Hitler. Así pues, puede considerarse que esta visión política responde a la desintegración social de una manera particularmente *defensiva*: la unión afectiva sólo es posible mediante la exclusión o incluso la eliminación de elementos ajenos y corruptos, ya sean estos “comunistas” o “marxistas culturales” (asociados con el Partido de los Trabajadores y la izquierda), “mantenidos” o “criminales” (asociados con los pobres racializados), “enemigos de la familia” o “defensores de la pedofilia” (asociados con los movimientos feministas y LGBTQI), u otras figuras condenadas por el conservadurismo moral.

Sin embargo, la nueva extrema derecha no sólo ha reaccionado ante la percepción de fragmentación afectiva, promoviendo una cruzada moral contra minorías sexuales, opositores políticos y sectores de las “clases peligrosas” con la esperanza de lograr una forma de cohesión social bastante homogénea. También ha respondido de manera particular al creciente sentimiento de deslegitimación normativa que alcanzó su punto álgido durante el gobierno de Michel Temer. En el contexto de los intentos fallidos por mitigar una crisis económica y política cada vez más acentuada, lo que muchos han llegado a considerar problemático de las instituciones sociales

no es tanto que parezcan encarnar “leyes de la naturaleza” supuestamente inexorables, sino más bien que aparentemente vivimos en un mundo en el que las normas “naturales” han perdido su eficacia.

La nueva extrema derecha no entiende esta condición como una consecuencia de la dimensión mercantil del orden depresivo, sino como efecto de la incorporación por parte de ésta de elementos progresistas de las críticas románticas o estéticas de la modernidad (que no dejan de aportar sus promesas de justicia social, aunque reformuladas y diluidas bajo la égida de la subjetividad empresarial). De ahí proviene, por ejemplo, el rechazo de esta nueva derecha al discurso conocido como “políticamente correcto”. A este respecto, el sujeto autoritario reacciona menos a un estado de fatalismo que a una situación percibida de anomia, es decir, a una sensación de que ya no existen formas de regulación capaces de proporcionar orden y estabilidad a las relaciones sociales. Esto explica por qué esa visión política no se orienta hacia la suspensión de las normas vigentes, como sucedió durante la efervescencia colectiva de junio de 2013, sino más bien hacia la instauración de un orden represivo. En reacción a una sociedad percibida como socialmente desintegrada y anómicamente desregulada, el autoritarismo reclama una comunidad política que pueda extirpar los elementos desintegradores y hacer cumplir normas lo suficientemente coercitivas o violentas para mantener su eficacia.

Además de autoritaria, la nueva extrema derecha brasileña también se caracteriza (y de manera bastante sorprendente, en vista de los rasgos del orden depresivo al que responde) por reivindicaciones de una radicalización aún mayor del proyecto neoliberal. En efecto, la campaña presidencial de Bolsonaro estuvo marcada explícitamente, por un lado, por una alianza entre la defensa del conservadurismo moral y la aplicación represiva de normas y, por el otro, por un programa económico radicalmente neoliberal (Puzone y Miguel 2019). Tal alianza está ciertamente impregnada de tensiones, pero su forma política y su surgimiento histórico no son por eso incomprensibles. En la medida en que las raíces de la crisis llegaron a asociarse en gran

medida con las administraciones del Partido de los Trabajadores, se abrió el camino para que los problemas del orden depresivo se asociaran a la izquierda y todo lo relacionado con ella. En este contexto, se hizo razonable para muchos prever una salida de la crisis al aplicar un programa de reformas económicas que reforzara, más que impugnara, la noción de que uno debe atenerse a las “leyes del mercado” e intentar convertirse en un exitoso “empresario del yo”. Lo específico de esta afirmación radicalizada del neoliberalismo, en contraste con sus otras instancias anteriores, es precisamente su combinación con una postura explícitamente autoritaria que toma su impulso en la crisis del orden depresivo. El nuevo autoritarismo y el neoliberalismo radical se mezclan aquí de manera peculiar. Su alianza política conduce, por una parte, a la idea de que podría establecerse una comunión afectiva que se basaría en la exclusión o eliminación de todo elemento heterogéneo, es decir, de todos y cada uno de los que rechacen o no cumplan con el ideal de un empresario del yo supuestamente incorrupto: “el buen ciudadano” (expresión que se extendió por todo el Brasil a medida que la nueva derecha cobraba protagonismo). Por otra parte, también lleva a la idea de que un orden normativo suficientemente consistente sólo podría lograrse mediante la aplicación sin trabas de las “leyes del mercado”: no *podrá* haber otra alternativa.

CODA: EL AUTORITARISMO NEOLIBERAL Y LA PANDEMIA

Tal proyecto autoritario-neoliberal está, al igual que aquellos tratados previamente en este ensayo, plagado de tensiones. No sólo tiene un potencial explosivo en lo que se refiere a sus efectos sobre las relaciones sociales en general, y en particular sobre los grupos vistos como sus opositores. También tiene un conflicto interno a causa de la propia combinación de autoritarismo y neoliberalismo radical (y estos han sido, de hecho, ampliamente reconocidos en este momento como dos polos opuestos del

gobierno de Bolsonaro, así como dos movimientos sociales distintivos en los que se apoya). Sin embargo, la extrema derecha se alimenta de esa misma inestabilidad: la producción de una sensación cada vez más renovada de desintegración social y desorden normativo le permite reafirmar, una y otra vez, su promesa de que un orden social integrado y regulado sólo puede lograrse mediante la exclusión de elementos ajenos o corruptos y la aplicación represiva de normas mercantiles naturalizadas.

Ahora bien, la pandemia de Covid-19 ha planteado un desafío inesperado a este régimen político (véase, Bueno 2020b). La propagación de un virus que nos amenaza a todos, y cuyo funcionamiento es todavía en gran parte desconocido, pone en jaque la continuación de este proyecto en al menos dos aspectos. Por una parte, la confrontación de la pandemia ha implicado la interrupción repentina de amplios sectores de la economía, así como ha exigido una intervención estatal más pronunciada en el ámbito de la salud pública y la ayuda a los más necesitados. Esta situación planteó nuevas dificultades para mantener un programa radical de reformas neoliberales como el que hasta entonces llevaba el gobierno. Por otra parte, la amenaza existencial que plantea la pandemia difícilmente puede ser abordada como una guerra contra un enemigo externo posible de identificar, reprimir y eliminar. Cualquiera puede contaminarse y morir: el virus no elige a sus víctimas según parámetros morales, nacionales o ideológicos. La pandemia sacude así el proyecto de establecer una comunidad nacional homogénea a través de la depuración de todo elemento ajeno y corrupto.

Sin embargo, en ambos casos el programa autoritario-neoliberal ha respondido doblando sus apuestas. Aunque se han adoptado medidas públicas de asistencia económica y sanitaria, estas se han promovido en gran medida a pesar del gobierno federal. La reacción de Bolsonaro se dirigió exactamente en la dirección opuesta. Al minimizar la realidad del Covid-19 (una “simple gripita” fácilmente curable con el uso de hidroxiquina), trató de estimular la continuación de las actividades económicas a toda costa: no podrá haber, de ningún modo, otra alternativa. Si la consecuencia

de esta decisión es la contaminación de porciones cada vez mayores de la población, la respuesta del gobierno ha sido la de tratar de responsabilizar a otros actores políticos: los gobernadores, el Congreso Nacional, el Supremo Tribunal Federal o incluso el Partido Comunista Chino. Asumir cualquier responsabilidad propia significaría conceder cierto respeto a la diferencia, la pluralidad, la disidencia. Para el bolsonarismo, sin embargo, el otro sólo puede manifestarse como un enemigo a ser combatido. O bien el virus no representa ninguna amenaza para la comunidad homogénea de “buenos ciudadanos” y su líder omnipotente; o bien, si tal amenaza existe, es culpa de otros.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, ANGELA Y MISCHE, ANN (2016). “Changing Repertoires and Partisan Ambivalence in the New Brazilian Protests”. *Bulletin of Latin American Research* 36 (2): 144-159.
- BOLTANSKI, LUC Y CHIAPELLO, ÈVE (1998). *Le nouveau esprit du capitalisme*. Paris, Gallimard.
- BRINGEL, BRENO Y PLEYERS, GEOFFREY (2015). “Junho de 2013... dois anos depois. Polarização, impactos e reconfiguração do ativismo no Brasil”. *Nueva Sociedad* 2: 4-17.
- BRÖCKLING, ULRICH (2007). *Das unternehmerische Selbst: Soziologie einer Subjektivierungsform*. Frankfurt, Suhrkamp.
- BUENO, ARTHUR (2019). “Rationality – Cultivation – Vitality: Simmel and the Pathologies of Modern Culture”. *Dissonância* 3 (1): 1-36
- BUENO, ARTHUR (2020a). “Economic Pathologies of Life”, en Gregor Fitzi (ed.) *International Handbook of Simmel Studies*. Londres, Routledge: 336-349.
- BUENO, ARTHUR (2020b). “El meteorito: psicología política de la crisis sanitaria”. *Cuadernos de Teoría Social* 6 (11): 222-231.
- DARDOT, PIERRE Y LAVAL, CHRISTIAN (2013 [2010]). *La nueva razón del mundo: ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona, Gedisa.
- EHRENBERG, ALAIN (2000 [1998]). *La fatiga de ser uno mismo: depresión y sociedad*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- EHRENBERG, ALAIN (2003). “La dépression, maladie de l’autonomie? Interview d’Alain Ehrenberg”. *Nerveure* 16 (3): 35-40.
- HONNETH, AXEL (2000). “Pathologien der individuellen Freiheit. Hegels Zeitdiagnose und die Gegenwart”, en Hans Belting y Jörg Huber (eds.) *Darstellung: Korrespondenz*. Viena y Nueva York, Springer: 215-232.
- GRAMSCI, ANTONIO (1977 [1929-32]). *Quaderni del Carcere*. Vol. 1. Torino, Einaudi.

- HONNETH, AXEL (2004 [2002]). “Organized Self-realization: Some Paradoxes of Contemporary Individualization”. *European Journal of Social Theory* 7(4): 463–478.
- HONNETH, AXEL (2009 [2004]). “A Social Pathology of Reason: On the Intellectual Legacy of Critical Theory”, en *Pathologies of Reason: On the Legacy of Critical Theory*. Nueva York, Columbia University Press.
- JAEGGI, RAHEL (2016). “Nachwort zu Taschenbuchausgabe”, en *Entfremdung. Zur Aktualität eines sozialphilosophischen Problems*. 2. ed. Berlín, Suhrkamp: 311.
- LUKÁCS, GEORG (1975 [1923]). *Historia y consciencia de clase: estudios de dialéctica marxista*. Barcelona, Grijalbo.
- MENDONÇA, RICARDO FABRINO (2018). “Dimensões democráticas nas Jornadas de Junho: reflexões sobre a compreensão de democracia entre manifestantes de 2013”. *Revista Brasileira de Ciências Sociais* 33 (98): 1-24.
- MORAES, ALANA; GUTIÉRREZ, BERNARDO; PARRA, HENRIQUE; HUGO ALBUQUERQUE, HUGO; TIBLE, JEAN Y SCHAVELZON, SALVADOR (2014). “Junho está sendo”, en *Junho: potência das ruas e das redes*. San Pablo, Friedrich-Ebert-Stiftung.
- NOBRE, MARCOS (2013). *Choque de democracia: razões da revolta*. São Paulo, Companhia das Letras.
- PELBART, PETER PÁL (2013). “Anota aí: eu sou ninguém”. *Folha de São Paulo*. Disponible en: <https://www1.folha.uol.com.br/fsp/opiniaio/119566-quotanota-ai-eu-sou-ninguemquot.shtml>
- PUZONE, VLADIMIR Y MIGUEL, LUIS FELIPE (2019). “A Brief Afterword: Brazilian Left Faces the Rise of Neofascism”, en *The Brazilian Left in the 21st Century: Conflict and Conciliation in Peripheral Capitalism*. Cham, Palgrave Macmillan: 285–296.
- RECKWITZ, ANDREAS (2017). *Die Gesellschaft der Singularitäten: Zum Strukturwandel der Moderne*. Berlín, Suhrkamp.
- ROSA, HARTMUT (2005). *Beschleunigung: Die Veränderung der Zeitstrukturen in der Moderne*. Frankfurt, Suhrkamp.

- ROSA, HARTMUT (2011). “Beschleunigung und Depression. Überlegungen zum Zeitverhältnis der Moderne”. *Psyche* 65: 1041–1060.
- ROSA, HARTMUT (2016). *Resonanz: Eine Soziologie der Weltbeziehung*. Frankfurt, Suhrkamp.
- ROSA, HARTMUT (2017). “Dynamic Stabilization, the Triple A Approach to the Good Life, and the Resonance Conception”. *Questions de communication* 31: 437-456.
- SENNETT, RICHARD (1998). *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in the New Capitalism*. Londres y Nueva York, W. W. Norton & Company.
- WAINER, JOÃO (2014). “Junho: O Mês que Abalou o Brasil”. Película documental.

SOBRE EL AUTOR

Arthur Bueno es profesor asistente en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Frankfurt y profesor visitante en el Instituto de Psicología de la Universidad de São Paulo. Es investigador del centro de investigación Normative Orders (Universidad de Frankfurt) y del Núcleo Direito e Democracia (CEBRAP, São Paulo). Fue becario postdoctoral de la Fundación Alexander von Humboldt en el Max-Weber-Kolleg de la Universidad de Erfurt y en la Universidad de París-Nanterre. Es autor de *Economies of Life: Simmel on Money and Art* (Routledge, en prensa) y editor de *Critical Theory and New Materialisms* (con Hartmut Rosa y Christoph Henning; Routledge, en prensa) y *O conflito da cultura moderna e outros escritos: Georg Simmel* (Senac). Sus investigaciones se centran en la teoría crítica, la teoría social, las formas de subjetividad y el sufrimiento psíquico.